



1080011911

φL 45

. B 8

1833

v. 7-8



UANL
FONDO
RODRIGO DE LLANO

CUADRUPLADO

TOMO VII

COLEGIO CIVIL

PREPARATORIA No. 1

BIBLIOTECA

BARCELONA

FONDO
RODRIGO DE LLANO

DE LA NATURALEZA.

Abstracción.

ANIMALES CARNICEROS.

RELACIONES que los poseedores de histo-
ria natural solo pueden ser agradables a los que
la historia particular de los animales, es
imposible que deje de reinar demasiada unifor-
midad, desde luego que el mayor número de
animales que agradeciera que de tiempo
en tiempo recibiera el hilo de un método cuyos
nudos son los hechos, interpolando dis-
tintos de los hechos presentamos nuestros re-
sultados sobre la naturaleza en general, y tra-
tamos de ser objeto considerado por mayor.
Con esta intención a cada vez que se trata de
una historia con sus detalles para
que pueda servir como un modelo para
el estudio de la naturaleza en ob-
servación, cuyo estudio pide una paciencia
y un método que no debe ser arbitrario al discurso.

DE LA NATURALEZA.

Advertencia.

REFLEXIONANDO que los pormenores de historia natural solo pueden ser agradables á los que se aplican únicamente á esta ciencia, y que en una esposicion tan dilatada como la que exige la historia particular de todos los animales, es imposible que deje de reinar demasiada uniformidad, hemos creído que el mayor número de nuestros lectores nos agradecerá que de tiempo en tiempo cortemos el hilo de un método cuyos límites son muy estrechos, interpolando discursos, en los cuales presentaremos nuestras reflexiones sobre la naturaleza en general, y trataremos de sus efectos considerados por mayor. Con esto volveremos despues á la historia individual de los animales con mas aliento; pues confieso que se necesita mucho ánimo para emplear continuamente el entendimiento en objetos diminutos, cuyo exámen pide una paciencia estóica, y no deja ningun arbitrio al discurso.

PRIMERA CONSIDERACION.

La naturaleza es el sistema de las leyes establecidas por el Criador para la existencia de las cosas y para la sucesion de los séres. No es la naturaleza una cosa, porque esta cosa sería todo; ni tampoco un sér, porque este sér sería Dios: pero podemos considerarla como una potencia viva, inmensa, que todo lo abraza, que lo anima todo, y que, subordinada á la del Sér supremo, no empezó á obrar sino por su orden, y no continúa obrando todavía sino por su concurso ó su consentimiento. Esta potencia es la parte que se manifiesta del divino poder; y al propio tiempo es la causa y el efecto, el modo y la sustancia, el designio y la obra. La naturaleza, muy distinta en esto del arte humano, cuyas producciones solo son obras muertas, es en sí misma una obra perpetuamente viva, un obrero incesantemente activo, que sabe hacer uso de todo, y que, trabajando sin mas modelo que ella misma, y siempre con los mismos materiales, lejos de consumirlos, los hace inagotables. El tiempo, el espacio y la materia son sus medios: el universo su objeto; y el movimiento y la vida su fin.

Los efectos de esta potencia son los fenómenos

del mundo, y los resortes de que se vale son fuerzas vivas, á las cuales el tiempo y el espacio pueden medir y limitar, pero no destruir: fuerzas que se equilibran, se oponen y confunden sin poder aniquilarse; unas penetran y transportan los cuerpos, y otras los calientan y animan. La atraccion y la impulsión son los dos principales instrumentos de la accion que ejerce esta potencia en los cuerpos brutos; y el calor y las moléculas orgánicas vivientes, los principios activos de que se vale para la formacion y el desarrollo de los cuerpos organizados.

Con semejantes medios ¿qué es lo que no puede la naturaleza? A la verdad, lo podria todo si pudiese aniquilar y crear; pero Dios se ha reservado estos dos extremos del poder: aniquilar y crear son atributos de su omnipotencia, y no ha querido ceder sino solamente los derechos de alterar, mudar, destruir, desarrollar, renovar y producir. La naturaleza, ministro de sus órdenes irrevocables, y depositaria de sus inmutables decretos, nunca se desvia de las leyes que se le han prescrito: nada altera en los planes que se la han trazado; y en todas sus obras presenta el sello del Eterno. Esta impresion divina, protótipo inalterable de las existencias, es el modelo conforme al cual obra; modelo, cuyos rasgos se espresan con caracte-

res indelebiles y grabados para siempre; modelo, en fin, que no se destruye con el número de las copias, por infinito que sea, sino antes bien se renueva.

Todo, pues, fue creado, y nada se ha aniquilado aun; la naturaleza vacila entre estos dos límites, sin acercarse nunca al uno ni al otro: procuremos sorprenderla en algunos puntos de este espacio inmenso que ocupa y por el cual corre desde el principio de los siglos.

¡Que objetos! ¡Un volúmen inmenso de materia, que no hubiera formado mas que una mole inútil y espantosa, á no haber sido dividido en partes separadas por espacios mil veces mas inmensos! Millares de globos luminosos, colocados á distancias que no podemos concebir, son las bases que sirven de fundamento al edificio del mundo; millones de globos opacos, que giran al rededor de los primeros, componen su órden y su movable arquitectura. Dos fuerzas primitivas agitan estas enormes moles, las hacen rodar, las trasportan y animan: cada una obra en todos instantes; y ambas, combinando sus esfuerzos, trazan las zonas de las esferas celestes, y establecen en medio del vacío parajes fijos y rumbos determinados; y del mismo seno del movimiento nace el equilibrio de los mundos y el reposo del universo.

La primera de estas fuerzas está repartida con igualdad; la segunda distribuida con medida desigual: cada átomo de materia tiene una misma cantidad de fuerza de atraccion; y cada globo una cantidad distinta de fuerza de impulsión. Por lo mismo hay astros fijos y astros errantes; globos que parece no han sido criados sino para atraer, y otros para impeler ó ser impelidos; esferas que han recibido un impulso comun en la misma direccion, y otras un impulso particular; astros solitarios, y astros acompañados de satélites; cuerpos luminosos, y moles tenebrosas; planetas cuyas diferentes partes no reciben sucesivamente sino una luz prestada; cometas que se pierden en la oscuridad de las profundidades del espacio, y que al cabo de siglos vuelven á aparecer, adornados de nuevos fuegos; soles que aparecen y desaparecen, dando indicios de apagarse y encenderse, y otros que se manifiestan una vez, y despues se desvanecen para siempre. El cielo es el país de los grandes acontecimientos; pero apenas la vista del hombre puede percibirlos. Un sol que perece y es causa de la catástrofe de un mundo ó de un sistema de mundos, no es para nuestros ojos mas que un fuego fatuo, que brilla y se apaga: el hombre, ceñido al átomo terrestre en que vegeta, mira este átomo como un mundo, y no ve los mundos sino como átomos.

La tierra que el hombre habita, apenas perceptible entre los demas globos, y enteramente invisible para las esferas distantes, es un millon de veces mas pequeña que el sol que la alumbrá, y mil veces mas que otros planetas que como ella están subordinados á la potencia de este astro y precisados á girar en torno de él. Saturno, Júpiter, Marte, la Tierra, Venus, Mercurio y el Sol ocupan la pequeña parte de los cielos que llamamos *nuestro universo*; y todos estos planetas con sus satélites, arrebatados por un movimiento rápido en la misma direccion y casi en el mismo plano, componen una rueda de vastísimo diámetro, cuyo eje lleva todo el peso, y que girando sobre sí mismo con rapidez, ha debido calentarse, incendiarse y esparcir la luz y el calor hasta las estremidades de la circunferencia. Mientras estos movimientos duren (y serán eternos, á menos que la mano del primer Motor se oponga á ello, y los destruya con la misma fuerza con que los creó), el sol brillará y llenará de su resplandor todas las esferas del mundo; y como en un sistema en que todo se atrae nada puede perderse ni alejarse de modo que no vuelva á parecer, subsistiendo siempre la misma cantidad de materia, este manantial fecundo de luz y de vida no se extinguirá ni se agotará nunca, porque los otros soles que con-

... como otros soles

tinuamente lanzan sus fuegos, restituyen al nuestro otra tanta luz como reciben de él.

Los cometas, cuyo número es mucho mayor que el de los planetas, y que como estos dependen de la potencia del sol; gravitan asimismo contra este comun foco, aumentando su peso, y contribuyendo con todo él á su incendio. Los mismos cometas forman parte de nuestro universo, puesto que están sujetos como los planetas á la atraccion del sol; pero nada tienen de comun entre sí ni con los planetas en su movimiento de impulsión, sino que circulan cada uno en plano diferente, y describen órbitas mas ó menos prolongadas en distintos períodos de tiempo, unos de muchos años, y otros de algunos siglos. El sol, girando sobre sí mismo, pero en lo demás inmóvil y en medio del todo, sirve al mismo tiempo de antorcha, de foco y de eje á todas estas partes de la máquina del mundo.

La magnitud misma del sol es causa de que permanezca inmóvil y rija los demas globos; porque habiéndosele dado una fuerza proporcionada á su mole, siendo incomparablemente mayor que cualquiera de los cometas, y conteniendo una cantidad de materia mil veces mayor que la del planeta de mas magnitud, no pueden estos trastornarle, ni sustraerse á su poder; el cual estendiéndose á distancias inmensas, los

contiene todos, y vuelve á traerles al cabo de un tiempo determinado los cometas que mas se alejan. Algunos de estos suelen acercársele tanto á su regreso, que despues de haberse enfriado por espacio de algunos siglos, experimentan un calor incomprensible; y todos están sujetos á estrañas vicisitudes, no menos por esas alternativas de estremado calor y frio, que por las desigualdades de su movimiento, el cual es unas veces sumamente acelerado, y se retarda otras de un modo maravilloso. Los cometas son, por decirlo así, unos mundos sumergidos en el desórden en comparacion de los planetas, cuyas órbitas mas regulares, sus movimientos mas iguales, y su temple siempre el mismo, parece constituyen lugares de descanso, en que siendo todo constante, puede la naturaleza establecer un plan, obrar con uniformidad, y desarrollarse sucesivamente con toda su estension. De estos globos escogidos entre los astros errantes, parece ser el mas privilegiado el que nosotros habitamos; pues siendo menos frio, y estando menos distante del sol que Saturno, Júpiter y Marte, es tambien menos ardiente que Vénus y Mercurio, demasiado cercanos al parecer al astro de la luz.

Efectivamente, ¡con que magnificencia no brilla la naturaleza en la tierra! Una luz pura que se estiende del oriente al ocaso dora suce-

sivamente los hemisferios de este globo; un elemento trasparente y ligero le circunda; un calor suave y fecundo anima y hace brotar las plantas y las semillas de lo que ha de tener vida; aguas vivas y saludables contribuyen á su conservacion y á su incremento; eminencias distribuidas en medio de las tierras detienen los vapores del aire, y hacen inagotables y siempre nuevos estos manantiales; concavidades inmensas, dispuestas para recibirlos, dividen los continentes; á la estension de la tierra es igual la del mar, el cual no es elemento frio y estéril, sino un nuevo imperio, tan rico y poblado como el primero. El dedo de Dios le señaló términos, y si el mar gana en las playas del occidente, tambien deja descubiertas las del oriente. Esta mole inmensa de aguas, inactiva por sí misma, obedece á las impresiones de los movimientos celestes, se equilibra con las oscilaciones regulares del flujo y del reflujo, sube y baja con el astro de la noche, y se eleva todavia mas cuando este concurre con el astro del dia; y reuniendo ambos sus fuerzas en el tiempo de los equinoccios, causan las grandes mareas; de suerte, que en ninguna otra cosa se manifiesta mas claramente nuestra correspondencia con el cielo. De estos movimientos constantes y generales resultan otros variables y particulares

trasportes de tierra; depósitos que forman en el fondo de las aguas eminencias semejantes á las que vemos en la superficie de la tierra; corrientes que siguiendo la direccion de las cordilleras de montañas, les dan una figura cuyos ángulos se corresponden, y que fluyendo por medio de las ondas, al modo que las aguas corren por la tierra, vienen á ser realmente los rios del mar.

El aire, mas ligero todavía y mas fluido que el agua, obedece por lo mismo á mayor número de potencias: la accion distante del sol y de la luna, la inmediata del mar, la del calor que le enrarece, y la del frio que le condensa, promueven continuas agitaciones en el mismo: los vientos son sus corrientes, que impelen y congregan las nubes; producen los meteoros, y transportan á la superficie árida de los continentes terrestres los vapores húmedos de las playas marítimas; provocan las borrascas; esparcen y distribuyen las lluvias fecundas y los rocíos benéficos; turban ó alteran los movimientos del mar; agitan la superficie inconstante de las aguas; detienen ó precipitan las corrientes, las hacen retroceder, encrespan las olas, y escitan las tempestades; el mar embravecido se eleva hácia el cielo, y llega mugiendo á estrellarse contra diques inalterables que con todos sus esfuerzos no puede superar ni destruir.

La tierra, elevada sobre el nivel del mar, está exenta de sus irrupciones: esmaltada de flores, adornada de un verdor que se renueva siempre, y poblada de mil especies de animales diversos, es un lugar de reposo y una mansion de delicias, donde el hombre colocado para auxiliar á la naturaleza, preside á todos los seres, siendo él solo á quien, como capaz de conocer y digno de admirar, ha hecho Dios espectador del universo y testigo de sus maravillas. La centella divina de que está animado le hace partícipe de los divinos misterios: mediante esta luz piensa y reflexiona; y por ella ve y lee en el libro del mundo como en un ejemplar de la Divinidad.

La naturaleza es el trono exterior de la magnificencia divina; y el hombre que la contempla y estudia, se eleva por grados al trono interior de la omnipotencia; habiendo sido formado para adorar al Criador, manda á todas las criaturas; y siendo vasallo del Cielo y rey de la tierra, la ennoblece, la puebla y la enriquece; instituye el orden, la subordinacion y la armonia entre los seres vivientes; hermosea hasta la misma naturaleza, la cultiva, la estiende y la pule; arranca de ella el cardo y la zarza, y multiplica las uvas y las rosas. Consideremos aquellas regiones desiertas, aquellas vastas soledades en que

nunca ha residido el hombre; y las veremos cubiertas, ó por mejor decir, erizadas de bosques espesos y sombríos en todas partes, de árboles sin copa y sin corteza, encorvados, rotos y cayéndose bajo el peso de los siglos, y de otros en mayor número, caidos al pie de los primeros, destinados á podrirse y descomponerse sobre montones de otros ya descompuestos, y á sepultar y sofocar las plantas dispuestas á nacer. La naturaleza, que en todas las demas partes brilla por su juventud, parece allí decrepita: la tierra, sobrecargada con el peso y superada por las ruinas de sus producciones, en vez de un verdor floreciente, presenta solo un espacio cubierto de escombros, atravesado de árboles antiguos, cargado de plantas parásitas, de musgos y de agáricos, frutos impuros de la corrupcion. En los terrenos bajos hallaremos aguas muertas, y detenidas por falta de conductos y de direccion; terrenos cenagosos, que no siendo sólidos ni líquidos están intransitables, y permanecen igualmente inútiles para los habitantes de la tierra y de las aguas; y pantanos cubiertos de plantas acuáticas y fétidas, que solo alimentan insectos venenosos, y sirven para albergue de animales inmundos. Entre estas ciénagas infectas que ocupan los terrenos bajos, y entre los bosques decrepitos que cubren las alturas, se

estienden unas tierras eriales, en nada parecidas á nuestros prados: allí crecen libremente las yerbas malas, y sofocan las buenas; no se ve en ellas aquella yerba delgada y lozana que parece ser el vello de la tierra, ni aquella esmaltada pelusilla que anuncia su brillante fecundidad, sino vegetales agrestes, yerbas toscas y espinosas, entrelazadas unas con otras, menos asidas á la tierra que á sí mismas, y que secándose y brotando sucesivamente unas sobre otras, forman una horra ó broza de muchos pies de grueso. En aquellos lugares salvajes ni trazas hay de camino, comunicacion, ni el vestigio mas leve de inteligencia; y el hombre, precisado á seguir las sendas de las bestias feroces, si quiere registrarlos, obligado á velar incesantemente para no ser presa de las fieras, asombrado de sus rugidos, y pasmado del silencio mismo de aquellas vastas soledades, retrocede y dice: «la naturaleza bruta es horrible y moribunda; yo, yo solo soy quien puede dar la vida y hermosura: desequemos estos pantanos; animemos estas aguas muertas, dándolas curso; formemos con ellas arroyos y canales; empleemos aquel elemento activo y devorador que nos habian ocultado, y cuyo hallazgo debemos á nosotros mismos; pongamos fuego á esta broza supérflua, á estos bosques ancianos casi medio consumidos, y acabe-

mos de destruir con el hierro lo que el fuego no haya podido consumir; bien pronto en lugar de juncos y del nenúfar de que el sapo sacaba su ponzoña, veremos brotar el ranúnculo, el trebol, y las yerbas gustosas y saludables; rebaños de ganado, retozando alegres y satisfechos, hollarán esta tierra impracticable antes, y hallando en ella abundante subsistencia, un pasto siempre nuevo, se multiplicarán sucesivamente; sirvámonos de estos nuevos auxilios para perfeccionar nuestra obra; hagamos que el buey, uncido al yugo, emplee sus fuerzas y el peso de su mole en surcar la tierra, y que esta se rejuvenezca por medio del cultivo; y veremos salir de entre nuestras manos una naturaleza nueva.»

¡Que hermosa no es esta naturaleza cultivada! ¡Que brillante y ricamente adornada la ponen los desvelos del hombre! El es su principal ornamento y su mas noble produccion: multiplicándose, multiplica el pimpollo mas precioso, y la naturaleza parece multiplicarse con él; que ciertamente da á luz con su arte lo que aquella ocultaba en su seno, y descubre nuevas riquezas y tesoros ignorados. Las flores, las frutas y las semillas perfeccionadas y multiplicadas á lo infinito; las especies útiles de animales, trasportadas, propagadas y aumentadas sin número; las especies dañinas reducidas y desterradas; el oro

y el hierro, mas necesario todavía que el oro, sacados de las entrañas de la tierra; los torrentes contenidos; los ríos dirigidos y encerrados en sus márgenes; el mismo mar sometido, reconocido y surcado desde el uno al otro hemisferio; la tierra accesible por todas partes, y por todas no menos viva que fecunda; risueños prados en los valles, y en las llanuras ricos pastos, ó cosechas aun mas ricas; las colinas cubiertas de vides y de frutas, y sus cimas coronadas de árboles útiles y de bosques nuevos; desiertos trasformados en ciudades habitadas por un pueblo inmenso, que circulando incesantemente se esparce desde el centro hasta las estremidades; caminos abiertos y frecuentados; comunicaciones establecidas en todas partes como otros tantos testigos de la fuerza y de la union de la sociedad: todo esto y otros mil monumentos de poder y de gloria demuestran suficientemente que el hombre, dueño del dominio de la tierra, ha mudado y renovado toda su superficie, y que en todo tiempo parte el imperio con la naturaleza.

Sin embargo, el hombre no reina sino por derecho de conquista, y goza mas bien que posee: si conserva, es por medio de afanes siempre repetidos; y cesando estos, todo desfallece, todo se altera, todo muda, y todo vuelve á caer en manos

de la naturaleza, la cual recobra sus derechos, oscurece las obras del hombre, cubre de polvo y de musgo sus monumentos mas fastuosos, los destruye con el tiempo, y solo le deja el sentimiento de haber perdido por su culpa lo que sus predecesores habian conquistado con sus trabajos. Estas épocas en que el hombre pierde su dominio, su patrimonio, estos siglos de barbarie en que todo perece, son siempre consecuencias de la guerra, y los acompañan la despoblacion y el hambre. El hombre, que nada puede sino reunido con otros individuos de su especie, que no es fuerte sino por esta misma reunion, y cuya felicidad depende de la paz, está poseido del furor de armarse para hacerse infeliz, y de combatir para arruinarse: escitado por la insaciable codicia, alucinado por la ambicion todavía mas insaciable, renuncia las sensaciones de humanidad, vuelve todas sus fuerzas contra sí mismo, procura destruirse reciprocamente, y se destruye realmente; y pasados los días de sangre y mortandad, cuando se ha disipado el humo de la vanagloria, ve con ojos tristes la tierra asolada, las artes sepultadas, las naciones dispersas, debilitados los pueblos, arruinada su propia felicidad y aniquilado su poder efectivo.

«¡ Gran Dios, cuya sola presencia sostiene la naturaleza, y conserva la armonía de las leyes

del universo! Vos, que del trono inmóvil del Empíreo veis girar bajo vuestros pies todas las esferas celestiales sin choque y sin confusion; que desde el seno del reposo reproducís á cada instante sus movimientos inmensos, y por Vos solo gobernais en profunda paz ese número infinito de cielos y de mundos: ¡restituid, restituid por fin la tranquilidad á la tierra agitada, y á vuestra voz la discordia y la guerra cesen de hacer resonar sus clamores orgullosos! ¡Dios de bondad, autor de todos los séres! vuestras miradas paternales abrazan todos los objetos de la creacion; pero el hombre es el sér que habeis preferido: Vos habeis alumbrado su alma con un rayo de vuestra luz inmortal; colmad vuestros beneficios, penetrando su corazon con un rayo de vuestro amor. Este afecto divino, esparciéndose por todas partes, reunirá las naturalezas enemigas: el hombre no temerá en adelante el aspecto del hombre; no armará su mano el hierro homicida; el fuego devorador de la guerra no agotará el manantial de las generaciones; la especie humana, debilitada, mutilada y esquilada en flor, brotará de nuevo y se multiplicará sin número; la naturaleza, agobiada bajo el peso de las calamidades, estéril y abandonada, recobrará en breve con una nueva vida su antigua fecundidad; y nosotros, Dios benéfico,

la auxiliaremos, la cultivaremos, la observaremos incesantemente para ofrecerlos á cada instante nuevos tributos de reconocimiento y de admiracion.»

SEGUNDA CONSIDERACION.

Un individuo, de cualquier especie que sea, nada es en el universo; cien individuos, mil individuos, todavía son nada: los únicos seres de la naturaleza son las especies, seres perpetuos, tan antiguos y permanentes como ella misma; seres que para formar de ellos juicio mas exacto, no los consideramos como una coleccion ó serie de individuos semejantes, sino como un todo independiente del número y del tiempo; como un todo siempre existente y siempre el mismo; un todo que en las obras de la creacion ha sido contado por uno, y que por consiguiente no compone mas que una unidad en la naturaleza. La primera de todas estas unidades es la especie humana: todas las demas, desde el colosal elefante hasta la mas imperceptible mita, desde el cedro hasta el hisopo, ocupan la segunda y tercera clase; y aunque diferentes en la forma, en la sustancia y aun en la vida, cada una tiene su lugar, subsiste por sí misma, se defiende

de las demas, y todas juntas componen y representan la naturaleza viviente, que subsiste y subsistirá de la misma suerte que ha subsistido. Un día, un siglo, diez siglos, todas las cantidades del tiempo, ninguna parte componen de su duracion; el tiempo mismo no es relativo sino á los individuos, á los seres cuya existencia es fugaz; pero como la de las especies es constante, su permanencia constituye su duracion, y el número su diferencia. Contemos, pues, las especies segun lo hemos hecho, y demos á cada una un derecho igual á la beneficencia de la naturaleza, que á todas las mira con igual atencion, pues ha dado á cada una los medios de existir y de durar tanto como ella misma.

Hagamos mas, y coloquemos ahora la especie en lugar del individuo. Hemos visto cual era para el hombre el espectáculo de la naturaleza; imaginemos cual sería su aspecto para un sér que representase toda la especie humana. Cuando en un dia hermoso de primavera vemos renacer el verdor de los campos, desplegarse las flores, brotar los pimpollos, revivir las abejas, llegar á nuestros climas las golondrinas, cantar el ruiseñor sus amores, retozar los corderillos, mugir los toros, y todos los seres vivientes buscarse y unirse para producir otros, la sola idea de la reproduccion y de una nueva vida nos